IMPLICARNOS SIN MIEDO EN EL CAMINO DE CAMBIO Y PERDÓN

[Lucas 15, 1-3.11-32]

En la 4ª Semana de Cuaresma, la Liturgia nos invita a que nos lancemos sin miedo a comenzar nuestro camino de cambio y conversión afianzamos en la fuerza transformadora del perdón.

La parábola del Hijo Pródigo (Lc. 15, 1-3.11-32) expone sin rodeos la doble actitud mezquina de quienes pretenden construir, por un lado, la propia historia personal y social al margen del amor, tal como lo evidencia los disparates y desórdenes del hijo menor y, por otro lado, la intolerancia e incapacidad para la misericordia del hijo mayor. A estos hijos mostrará el Padre bueno dos aspectos del perdón para que logren su plena transformación: el perdón como acogida y como comunión.

El hijo menor, que malgastó su vida y sus bienes, que en medio de su miseria e indigencia entra en sí y se atreve a comenzar de nuevo, se encontrará con **la novedad de un Padre que lo acoge y hace fiesta por su recuperación**. El hijo mayor, que se ha mantenido fiel sin pedir nada a cambio, pero que rechaza la alegría por el retorno de su hermano, se encontrará con la novedad de un Padre decidido a **mostrarle que la alegría no se funda solamente en los logros de sí mismo, sino en la vida y realización de los demás**.

Para Jesús, el amor de Dios se manifiesta como experiencia de perdón que nos acoge y como experiencia de comunión. El perdón que acoge se convierte en una ternura que devuelve la dignidad, despierta la esperanza, transforma el pasado y lanza a un nuevo camino de realización. El perdón que abre a la comunión se expresa en una generosidad que crea amistad, derriba las murallas del corazón, dispone al encuentro y libera para transformar el desamor.

La acogida y comunión propias del perdón nos hacen recuperar lo que está grabado desde el comienzo en nuestro corazón y que muchas veces olvidamos: que provenimos de la misma fuente de vida y que todos los hilos de nuestra existencia sólo se mantendrán conectados por medio de la expresión más visible y efectiva del amor que son la misericordia y el perdón.

Quien se empeña en la mentira, manipulación, injusticias y sometimiento destruye la propia vida y la de los demás. Y erradicar este circuito de muerte y destrucción exige lanzarse a un camino de acogida y comunión, pero afianzamos en la fuerza transformadora de la verdad y del perdón.

Para vivir este camino de acogida y comunión, que es el perdón, necesitamos romper el triple cerco que encadena nuestra verdad, libertad y capacidad de amor: el cerco de los impulsos desordenados y mezquinos, el cerco de los circuitos de perversidad y maldad y el cerco de la mentira, injusticia y corrupción. Entonces comenzará aquella paz que nace de la sanación interior.

Puedo terminar la Homilía con este texto.

DE QUE TE SIRVE

¿De qué te sirve la lluvia de oro que te visita y hace madurar el fruto del huerto que tú cultivas, si desconoces la mano que tales dones te envían?

¿De qué te sirve la nube deshecha en limpios cristales que da canción a tu fuente y aromas a tus rosales, si muere de sed tu alma cautiva en las mezquindades?

¿De qué te sirve la noche cuajada de pedrería que es mirada de los cielos que nunca al pobre olvida, si para ti tal mirada es inconsciente y es fría?

¿De qué te sirve el pan blanco que nunca falta en tu mesa ni el vaso colmado de agua que con la luz centellea, si está el pobre desvalido muriendo de hambre a tu puerta?

(*Cf. Mariano San León Herreras*)